

1871

“La alarma cunde. Los espíritus fuertes, sin desfallecer en su tarea ardiente, han llegado sin embargo a convenir en que es necesario que Buenos Aires se despueble. Tarde, desgraciadamente, hemos venido a una conclusión tan dolorosa. Todos los cálculos han resultado fallidos. Los que hemos escrito sobre higiene hemos poetizado. Los que hemos creído que el flagelo disminuía, hemos soñado. Huir, salir de la ciudad, es el consejo que la Comisión Popular acaba de dar al pueblo. Pero ¿adónde huir? Los pueblos de campaña están llenos, y los alrededores de la ciudad ocupados. Actualmente los pueblos vecinos se están plagando de enfermos que salen de Buenos Aires para ir a sucumbir allí, sin médicos, sin hospitales, sin lazaretos y sin auxilios. Ya existen en todos los pueblos del Norte, en San Isidro, en San Fernando y en el Tigre; y la muerte no hace pocas víctimas. Se comprende la ventaja del desalojo a un punto dado, bajo la vigilancia de las autoridades y donde se pudiera proporcionar a la población que sale los auxilios necesarios. La mayor parte de la gente que aún puede salir de Buenos Aires es gente pobre y trabajadora. La gente acomodada ha salido ya toda”.

“Desalojo de la ciudad”, editorial de *La Prensa*, del 11 de abril

1885

“Yo habría preguntado a unos señores ediles quién les fijó esas proporciones absurdas entre el ancho de nuestras calles y la altura que fijaron a la edificación. ¿Dónde encontraron esa regla piramidal? ¿En las viejas ciudades italianas del Renacimiento, muchos de cuyos edificios se han levantado sobre planos de Leonardo o de Miguel Angel? ¿En la edificación moderna de las grandes ciudades, donde no sólo la altura es racional, sino que no puede ser disminuida? En cuanto a la salubridad, que era el argumento supremo, yo preguntaré si tres o cuatro metros de altura reemplazan la ausencia de árboles, parques, que es la sola garantía de salud. Ud. no puede formarse una idea, mi estimable señor, de la penosa impresión que recibimos los hijos de Buenos Aires, al entrar en la patria después de una permanencia en Europa. Es algo penoso, que ahoga, entristece, oprime el alma. Es necesario decir la verdad: el recuerdo de la última ciudad que se ha dejado en Europa, Burdeos, Marsella, Génova, hasta Lisboa misma, sin hablar de las ciudades inglesas, es agobiadora para Buenos Aires, la ciudad chata por excelencia. Una reina opulenta llena de salud y vigor, vestida de andrajos”.

Miguel Cané*, en carta a Marcelo Torcuato de Alvear, desde Viena, el 14 de enero.

1891

“El corazón de las corrientes humanas que circulaban por las calles centrales como circula la sangre en las venas, era la Bolsa de Comercio. A lo largo de la cuadra de la Bolsa y en la línea que la lluvia dejaba en seco, se veían esos parásitos de nuestra riqueza que la inmigración trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas. Turcos mugrientos, con sus feces rojos y sus babuchas astrosas, sus caras impávidos y sus cargamentos de vistosas baratijas; vendedores de oleografías groseramente coloreadas; charlatanes ambulantes que se habían visto obligados a desarmar sus escaparates portátiles pero que no por eso dejaban de endilgar sus discursos estrambóticos a los holgazanes y bobalicones que soportan pacientemente la lluvia con tal de oír hacer la apología de la maravillosa tinta simpática o la de la pasta para pegar cristales; mendigos que estiraban sus manos mutiladas o mostraban las fístulas repugnantes de sus piernas sin movimiento, para excitar la pública conmiseración; bohemias idiotas, hermosísimas algunas, andrajosas todas, todas rotas y desgñadas, llevando muchas de ellas en brazos niños lívidos, helados, moribundos, aletargados por la acción de los narcóticos criminalmente suministrados, y a

* **Miguel Cané** (1851-1905). Escritor, parlamentario, periodista. Fue intendente de Buenos Aires y decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Actuó en varios cargos diplomáticos. Es autor de *Juvenilia* (1882), *En viaje* (1884), *Charlas literarias* (1885) y *Prosa ligera* (1903), entre otros libros.

cuya vista nacía la duda de quién sería más repugnante y monstruosa: si la madre embrutecida que a tales medios recurría para obtener una limosna del que pasaba, o la autoridad que miraba indifereente por inepticia o descuido, aquel cuadro de la miseria más horrible, de esa miseria que recurre al crimen para remediarse. El grito agudo de los vendedores de diarios se oía resonar por todos los ámbitos de la plaza. Sin hacer caso de la lluvia, con sus papeles envueltos en sendos impermeables, correteaban diseminados, se subían a los tranvías, cruzaban gambeteando la calle inundada de coches y carros de todas formas y categorías, siempre alegres, siempre bulliciosos, listos siempre a acudir al primer llamado. En fin, la plaza de Mayo era, en aquel día y a aquella hora, un muestrario antitético y curioso de todos los esplendores y, de todas las miserias que informan la compleja y agitada vida social de la grande Buenos Aires”.

Julián Martel*. *La Bolsa*, folletín publicado en *La Nación* entre el 28 de agosto al 4 de octubre de 1891.

1903

“El amanecer, la tristeza infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la avenida de Mayo; la vuelta al dolor, la claridad lenta en la llovizna fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris; el cansancio incurable, saliendo crispado y lívido del sueño, del pedazo de muerte con que nos aliviamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente, el espejo donde todo resbala y huye, los muros mojados y lustrosos, la gran calle pétreo, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusanear el hambre.

Chiquillos extenuados, descalzos, medio desnudos, con el hambre y la ciencia de la vida retratados en sus rostros graves, corren sin alientos, cargados de *Prensas*, corren, débiles bestias espoleadas, a distribuir por la ciudad del egoísmo la palabra hipócrita de la democracia y del progreso, alimentada con anuncios de rematadores. Pasan obreros envejecidos y callosos, la herramienta a la espalda. Son machos fuertes y siniestros, duros a la intemperie y al látigo. Hay en sus ojos un odio tenaz y sarcástico que no se marcha jamás. La mañana se empina poco a poco, y descubre cosas sórdidas y sucias amodorradas en los umbrales, contra el quicio de las puertas. Los mendigos espantan a las ratas y hozan en los montones de inmundicias. Una población harapienta surge del abismo, y vaga y roe al pie de los palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, inatacables, inaccesibles.

Allí están guardados los restos del festín de anoche: la pechuga trufada que deshace su pulpa exquisita en el plato de China, el champaña que abandona su baño polar para hervir relámpagos de oro en el tallado cristal de Bohemia. Allí descansan en nidos de tibios terciopelos las esmeraldas y los diamantes; allí reposa la ociosidad y sueña la lujuria, acariciadas por el hilo de Holanda y las sedas de Oriente y los encajes de Inglaterra; allí se ocultan las delicias y los tesoros todos del mundo. Allí, a un palmo de distancia, palpita la felicidad. Fuera de allí, el horror y la rabia, el desierto y la sed, el miedo y la angustia y el suicidio anónimo.

Un viejo se acercó despacio a mi portal. Venía oblicuamente, escudriñando el suelo. Un gorro pesado, informe, le cubría, como una costra, el cráneo tiñoso. La piel de la cara era fina y repugnante. La nariz abultada, roja, chorreante, asomaba sobre una bufanda grasienta y endurecida. Ropa sin nombre, trozos recosidos atados con cuerdas al cuerpo miserable, peleaban con el invierno. Los pies parecían envueltos en un barro indestructible. Se deslizó hasta mí; no pidió limosna. Vio una lata donde se había arrojado la basura del día, y sacando un gancho comenzó a revolver los desperdicios que despedían un hedor mortal. Contemplé aquellas manos bien dibujadas, en que sonreía aún el reflejo de la juventud y de la inteligencia; contemplé aquellos párpados de bordes sanguinolentos, entre los cuales vacilaba el pálido azul de las pupilas, un azul de témpano, un azul enfermo, extrahumano, fatídico. El viejo –si lo era– encontró algo... una carnaza a medio quemar, a medio mascar, manchada con la saliva de algún perro. Las manos la

* **Julián Martel**, seudónimo de José María Miró (1867-1896). Ingresó en *La Nación* como cronista volante, en 1898, y participa dos años más tarde del movimiento militar contra Juárez Celman. Además de *La Bolsa*, publica *La diputación de Alberto*, en *La Tribuna*.

tomaron cuidadosamente. El desdichado se alejó... Creí observar, adivinar... que su apetito no esperaba...

¡También América! Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano”.

Rafael Barret*. “Buenos Aires”, en *El Diario Español*.

1910

“Buenos Aires produce una impresión penosa. La fealdad de su edificación sonora y multiforme, la carencia de perspectivas y la monotonía de sus calles rectas e iguales, revelan, en nuestro espíritu colectivo, una falta absoluta de sentimiento estético. Ciudad sin fisonomía propia, desdeñosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que le lleva a buscar la semejanza de Londres y de París, Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas. Enloquecida por su afán de embellecerse toma los prestigios ajenos sin advertir que, de tal manera, suprime su porvenir espiritual y que, en la gloria aparente de sus bellezas prestadas, ostenta su triste condición de pueblo secundario.

Una ciudad es algo más que un conjunto de casas y de calles; es una expresión materializada de la conciencia colectiva, un exponente de la cultura social é individual, un resultado fatal de innumerables fuerzas combinadas. Toda ciudad guarda íntima relación con su momento histórico, los sentimientos, las ideas, los hábitos del ambiente, y constituye un admirable documento para las deducciones de la psicología social.

Y bien: ¿qué revela Buenos Aires? Ante todo, la presencia de un materialismo repugnante. La veneración fetichista hacia el dinero que reemplaza al culto de los valores morales e intelectuales y una ausencia total de poesía trasluce su vida tumultuosa. Un contagioso delirio de actividades físicas impide el reposo necesario para las especulaciones del espíritu, determinado, con otras causas no menos importantes, por la desdicha ascendente de nuestra superficialidad. La observación minuciosa de las calles, los teatros, los paseos, los periódicos, las fiestas sociales, las iglesias, la ciudad entera finalmente, en sus costumbres, en su espíritu y en su aspecto exterior, demuestra que poseemos, entre otras, las siguientes cualidades: la falta de conceptos serios sobre la vida, un rastacuerismo de opereta, la capacidad para el ensueño, el vicio de la improvisación, una guaranguería irritante, el más completo desamor por las ideas y una anemia sentimental que agrava, de modo innominable, la hostilidad del ambiente.

Así es Buenos-Aires. ¡Y pensar que hombres estimables se enorgullecen de esta ciudad que nos debiera avergonzar! ¡Cuánto mas bellas y más nobles son algunas ciudades de provincia, esas que Buenos Aires desprecia, pero que tienen fisonomía propia y alma argentina! Buenos Aires, usando de una imagen antropomórfica, es una hermosa prostituta que está aprendiendo á embellecerse y que, bajo el esplendor de su carne cosmopolita, y el mimetismo de su lujo complicado y estrepitoso, deja percibir á cada instante los modos burdos de su condición”.

Manuel Gálvez*. *El diario de Gabriel Quiroga*. Arnaldo Moen & Hnos. Editores, 1910.

1912

* **Rafael Barrett** (1876-1910). Escritor y periodista español. Vivió unos años en Argentina, en Paraguay, donde dio clases y fundó el periódico *Germinal*, y en Uruguay. Denunció la explotación laboral de los yerbatales paraguayos. Sus artículos se recopilaron en *Moralidades Actuales* (1910), *El Dolor Paraguayo* (1911) y *Mirando vivir* (1912), entre otros.

* **Manuel Gálvez** (1882-1962). Abogado y novelista argentino. Se lo considera fundador de la novela histórica en nuestro país. Entre sus libros se destacan *Nacha Regules* (1919), *El mal metafísico* (1917) y *Hombres en Soledad* (1938). Escribió extensas memorias sobre la vida literaria argentina.

“La vanagloria exclusiva de nuestra riqueza impide que gocemos de ese género de consideración, y afea nuestra gran capital. Todos los hombres de talento que visitan nuestro país y escriben sus impresiones causan con sus libros el efecto de que la Argentina estuviera poblada únicamente por toros, carneros y gañanes. Que no fuera sino una inmensa colonia agrícola-pastoril. Pues como eso es lo único que nos enorgullece, es también lo único que les mostramos. Con esto adquirimos renombre de adinerados, pero no estimación. Somos un valor comercial, un ‘artículo’, no una entidad superior. Y esto mortifica, porque podríamos empezar a serlo, con ventaja todavía para nuestros negocios.

El mismo criterio afea nuestra ciudad, entregada a las voracidades mas estúpidas de la especulación. Hemos arrasado todas las desigualdades del terreno, tan importantes en una ciudad rodeada por pampas inmensas: las pequeñas colinas, hermosas para la higiene y para la estética urbanas, porque toda consideración de esa especie ha debido sacrificarse a las nivelaciones de los tranvías. Hemos suprimido el río, el único grande espectáculo natural con que contábamos, para ganarle terrenos ó elevar depósitos de aduana. Los terrenos ganados constituyen una habitual jactancia de grandeza, Más: ¿para qué los ‘ganamos’? ¿Para convertirlos en parque ó belvederes de la ciudad, como lo habría hecho cualquier pueblo civilizado? De ningún modo. Para ‘aprovecharlos’ en estaciones y desvíos de ferrocarril, ó sea para substituir la belleza del río libre, su vasto soplo salubre, por el espectáculo más feo de la industria, con su ferralla brutal, sus humaredas y los desprendimientos malsanos de las inherentes usinas de hulla. Y de tal modo es ciega la avaricia, imbécil el culto del dinero, que ese esfuerzo para ganar tierras se efectúa en un país cuyo principal inconveniente es la falta de población.

Así como los inmigrantes van imponiéndonos su concepción de la vida, considerada tan sólo como una máquina de hacer dinero, los rematadores cuya ‘literatura’ ocupa dos tercios de nuestra prensa, han acabado por convertir en el asunto nacional más importante la especulación de los terrenos. Y esto no es culpa de los rematadores ni de los inmigrantes, elementos muy útiles e importantes en su respectiva esfera; sino de los dirigentes incultos.

Tan incultos y tan egoístas que sólo intentan embellecer la ciudad en los barrios donde moran, mientras los más necesitados, precisamente, de ésa como de toda otra cultura y toda higiene, aumentan cada día en malsana fealdad. Así los inmensos sectores del sur y del oeste para los cuales no hay siquiera un calco de yeso: porque ante el criterio de los advenedizos, nada hay tan intolerante, tan odioso, como el pueblo trabajador de donde provienen. Es la canalla que ha nacido para bestia de carga”.

Leopoldo Lugones*. “El ambiente estético”, en *La Nación*, del 7 de febrero de 1912.

1918

“Bajo las horas enervantes de la media tarde, Buenos Aires es un gran monstruo que dormita con sonoros ronquidos entre las reverberaciones de una gran hoguera.

Por la tarde, cuando el ala de las brisas bate sobre las cabelleras y estremece y oprime las sederías, diseñando intocadas bellezas, Buenos Aires dijérase que canta la rosada canción del crepúsculo en armonía de bellezas.

Los jardines se pueblan de risas, el lujo desfila, ráfagas perfumadas acarician las fuentes: la sonrisa va como mariposa de los labios a los labios. Las ascuas del sol empurpuran el Plata sin riberas, y es toda la ciudad algo como un inmenso abanico de colores y reflejos, abierto sobre una sinfonía de rumores en que se adivina duerme la santidad del beso.

Se hace la noche; se cierne sobre la urbe, no tenebrosa y mustia: no conturbadora de las almas y poblada de melancolías y bostezos.

La noche, es sobre la soberbia ciudad como una magna Emperatriz que se irguiera lenta y constelada de irradiaciones bajo el dosel de las estrellas.

* **Leopoldo Lugones** (1874-1938). Escritor. Poeta modernista y polémico ensayista. Colaborador habitual de *La Nación*. Entre sus libros se destacan *La guerra gaucha* (1905), *Las fuerzas extrañas* (1906), *El payador* (1916) y *La grande Argentina* (1930).

La noche en Buenos Aires murmura blandamente. Se estremece tibia y tentadora. Tiene provocaciones quemantes, carcajadas que acarician y frases que muerden.

Las avenidas son inmedibles gargantas de fulgores, en las que se retuerce la corriente humana, llena de ritmos; alegre y vistosa: todos con un derrotero amable, todos, seguros de la alegría de vivir.

Buenos Aires es bajo las alas de la noche como una mujer blonda cuyo cuerpo desnudo temblara entre gasas de luz, en tanto que sus manos ensortijadas se tienden amorosamente sobre el desfile de la Vida.

Y si en la mañana radiante y en la media tarde aletargada, y en el crepúsculo triunfal y la gloria armoniosa de la noche, también flora en el seno de Buenos Aires el dolor, y se estremece la angustia, y el infortunio, el pesar, la desesperanza y la miseria, lloran su llanto, –decid conmigo que el río de los dolores en la ciudad tronante. es completamente sordo, y sus aguas taciturnas nunca se desbordan sobre los vastos vergeles de la alegría de vivir...

El hambre, el dolor y el crimen, son esfinges que cruzan incógnitas y mudas a través del oro y de los mármoles de la Cosmópolis de la soberbia llanura.

Y también incógnita y sin galas de terror, podríais decir que desfila también Nuestra Pálida Señora la Muerte”.

Claudio de Alas*. “Desde el estruendo de Buenos Aires”, en *El cansancio*. Agencia General de Librería y Publicaciones, 1922.

1919

“En lo que me concierne, los acontecimientos de la Semana Trágica me tomaron de sorpresa y no atiné a otra cosa que a actuar como espectador. Día y noche iba de un lado para otro por la ciudad inactiva, deseoso de presenciar los hechos que ocurrían. Oí decir que estaban incendiando el barrio judío y hacia allá dirigí mis pasos. Caminé por las calles Junín, Uriburu y Azcuénaga, al principio sin hallar signos patentes de disturbio, salvo la presencia en puertas y esquinas de grupos de hombres, mujeres y niños en actitud expectante. Fue al llegar a Viamonte, a la altura de la Facultad de Medicina, que me tocó presenciar lo que podría denominarse el primer “progrom” en la Argentina. En medio de la calle ardían varias piras formadas con libros y trastos viejos, entre los cuales podían reconocerse sillas, mesas y otros enseres domésticos, y las llamas iluminaban tétricamente la noche destacando con rojizo resplandor los rostros de una multitud gesticulante y estremeceida. Me abrí camino y pude ver que a pocos pasos de allí se luchaba dentro y fuera de los edificios. Inquirí y supe que se trataba de un comerciante judío al que se culpaba de hacer propaganda comunista. Me pareció, sin embargo, que el cruel castigo se hacía extensivo a otros hogares hebreos. El ruido de muebles y cajones violentamente arrojados a la calle, se mezclaba con gritos de ‘¡Mueran los judíos! ¡Mueran los maximalistas!’. De tanto en tanto pasaban a mi vera viejos barbudos y mujeres desgredadas. Nunca olvidaré el rostro cárdeno y la mirada suplicante de una de ellos al que arrastraban un par de mozalbetes, así como el de un niña sollozante que se aferraba a la vieja levita negra, ya desgarrada, de otro de aquellos pobres diablos. Aparté, no sin repugnancia, mi mirada de aquel cuadro chocante, pero fue solamente para fijarla en otros del mismo jaez. Pues el disturbio provocado por el ataque a los negocios y hogares hebreos, se había propagado a varias manzanas a la redonda”.

Juan Carulla*. *Al filo del medio siglo*. Editorial Llanura, 1951.

1919

* **Claudio de Alas**, seudónimo de Jorge Escobar Uribe (1886-1918). Escritor colombiano. Después de habitar las calles porteñas, vivió sus últimos años en Buenos Aires protegido por el pintor inglés Stephem Roberto Koekkoek. Aquí murió por mano propia. Publicó *Fuego y tinieblas* (1919).

* **Juan A. Carulla** (1889-1968). Médico entrerriano. Fue colaborador de *La Protesta*, y más tarde director del periódico *La Voz Nacional*, de 1925, y de *Bandera Argentina*, bajo el gobierno de Justo. Estuvo entre los organizadores de la Legión Cívica.

“Hemos vivido durmiendo largos años. ¿Por qué hemos despertado ahora? Ya no queremos guardar más nuestro silencio. Esta esquina central se nos ha metido en el alma con sus ruidos absurdos, con sus hombres extraños. Esta esquina central vive día y noche en un tumulto enorme, hecho de cosas y de ruidos enormes. Son enormes estos tranvías que pasan repletos de gente, estos automóviles de cornetas estrepitosas y silbatos extraordinarios, estas mujeres pintarrajeadas y gelatinosas que mezclan un horrible bostezo de hambre a la infatigable sonrisa del oficio. Y hay otras muchas cosas, en esta esquina de nuestra crónica. Hay un vigilante con un palito en la mano que representa la fuerza social. Este palito es la cosa más respetable que pueda ser hallada en la esquina de una ciudad civilizada. Este palito es la síntesis manuable de un estupendo ejército de jueces, de soldados, de funcionarios. Yo lo miro siempre con respeto, casi con pavor. El mundo no podría marchar sin ese enorme mecanismo del que es último y más importante eje el palito blanco del vigilante. Estas son las cosas graves y trascendentales que hay en la esquina de nuestra crónica. Pero más abajo, casi por el suelo, yo he visto una cosa pequeña y rosada que pasa generalmente desapercibida. Esta cosa pequeña y rosada pasea entre las piernas del vigilante, entre las polleras de las busconas y entre los estribos de los automóviles. Y para entrar en tratos con los hombres que viven allá, muy arriba de su cabeza, debe gritarles con su voz chillona y menuda poniendo en el llamado toda su fuerza. Esta cosa pequeña y rosada vende diarios en la esquina de mi crónica, es mujer y tiene seis años. Imaginemos la historia –¡ya tan larga!– de esta menuda obrera de seis años. Es una historia vulgar y conocida. Tiene un padre haragán y borracho. O tiene una madre viciosa que corre su vida de calle en calle y de hombre en hombre, para perpetuar en prole abundante el propio vicio y abandono. Quizá, también, no tiene padre ni madre y ella –la obrerita– se halla recogida por alguna mala gente que la explota. O acaso, en fin, vive sola y abandonada a sí misma en la ciudad magnífica, mísero desierto para ella, sin agua y sin sombra. Y bien, ¿qué hace ahí ese vigilante, con su palo, su machete, su comisario, su juez, su código y su cárcel, mientras a su lado chillaba vendiendo diarios nuestra inquieta muñeca de seis años? Frente a la ínfima personilla rubia de mi historia, más parecen burdas mentiras los gobiernos y las leyes. Burdas mentiras, farsas de los hombres que ella acusa con su pregón, áspero ya, anémico, fatigado. Es inexplicable y es desconcertante este dolor, ahora que el pueblo es de veras soberano, ahora que los gobiernos son puros y los gobernantes honestos. Han llegado por fin los incorruptibles al poder. En la Cámara, los socialistas, cada vez más numerosos, vociferan sin descanso en defensa de su pueblo. Y entretanto el Senado, siempre de pie, vigila inquieto por el régimen de la república. Esta es, evidentemente, la pureza de la salud y de la fuerza. Felicitémonos, que somos felices. Pero, con todo, ¿por qué vende diarios en la esquina la niña rubia de los seis años?”.

Roberto Gache*. “Orden y progreso”, en *Glosario de la farsa urbana*. Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920.

1923

“Las características de Buenos Aires, que son: la Carencia de Majestad, la ausencia de Belleza, Arquitectural, y el Mal Gusto, inherente a una Plebe Adinerada, se muestra ya, aquí, en esta especie de enorme bohío, pretencioso y totalmente frágil, que parece, por su endeblez, pronto a desaparecer, al primer soplo del viento; es domingo, y la Aduana no funciona; dejo mi equipaje, para retirarlo mañana; muestro mi Pasaporte Diplomático; y escapo... no sin una mirada de piedad, para el Rebaño Humano, la Turba de Inmigrantes, sucios y mal olientes, que quedan allí, amontonados, como ovejas miedosas, bajo los techos de cinc, que el Sol de la mañana empieza a hacer ardientes, como lingotes en fusión... son los padres de los futuros banqueros, los futuros propietarios, los futuros diputados, y los futuros Presidentes de la República... la República Argentina, está toda, en germen, en los genitales de esas muchedumbres ignorantes, hambrientas y bravías, que el instinto de la Vida, arroja sobre aquellas regiones fértiles, que la incuria o la incapacidad de sus hijos, no les permite fecundar... y la Raza Inferior, perece bajo el aluvión de las

* **Roberto Gache** (1891-1966). Ensayista y dramaturgo argentino. Autor del *Glosario de la farsa urbana* (1919), de *Baile y filosofía* (1922) y de *París glosario porteño* (1928). Pasados los años treinta ingresó en la diplomacia, carrera en que continuó toda su vida.

Razas Superiores, que la inundan... un auto, bien, con un chauffeur desarrapado, que parecía, escapado a un campamento de checoslovacos, en tiempo de la última guerra, nos lleva a la Ciudad, por callejuelas angostas y tortuosas, de una repugnante suciedad, digna de un zoco marroquí. Barrios, de una pobreza desalentadora, con casas pequeñas y laceradas, de techos tan bajos, que se dirían estar al alcance de la mano... el aspecto mezquino y miserable de ciertos pueblos de Galicia o de Andalucía; las ropas tendidas sobre las azoteas, me hicieron recordar vagamente a Nápoles, y sus barrios populares, llenos de pútrida miseria; grandes corralones vacíos; edificios en construcción; maremagnum de tranvías, en calles cuya estrechez, hace cuasi rozar los carros con los muros... aceras de diez centímetros de ancho, llenas de una multitud heteróclita, y de peripatéticos, estacionarios, alelados y estorbosos... grandes almacenes... un palacio, una choza, un Hotel, un solar desierto... tribus de vendedores ambulantes... gritos en chino, en italiano, en sirio... hasta en caldeo... ¡Salve, Babel!”.

Vargas Vila*. *Mi viaje a la Argentina. Odisea romántica*. Biblioteca de grandes obras, s./f. Escrito fechado en 1923.

1927

“Tenía un plano de Buenos Aires. Sería preciso ser un individuo infinitamente notable para circular sin plano en Buenos Aires. Es un nido de abejas. Está hecha como un radiador de automóvil. Las alvéolas se llaman cuadradas. Cuadradas quiere decir cuadrados. A veces Bonaparte formaba sus tropas en cuadrados. Hacía abrir el fuego sobre los cuatro lados al mismo tiempo. Buenos Aires está dispuesta como lo estaban los ejércitos del difunto general. La ciudad avanza, cuadrado por cuadrado, para librar batalla a la pampa. Sobre los cuatro lados de sus cuadrados, Buenos Aires, igualmente abre el fuego. Esto no es lo mismo. Que la paz de Nuestro Señor reine sobre los inocentes que no me comprenden. Uno recorre la ciudad colmena. Se camina sin esperanzas. Se marcha como los asnos atados a la noria, como los esclavos condenados al molino. Inclusive una noche soñé que habiendo cometido un crimen horrible, severos jurados me infligieron como castigo el pasearme toda la vida en Buenos Aires. ¡Desperté llorando!”.

Albert Londres*. *El camino de Buenos Aires. La trata de blancas*. Albin Michel, París, 1927.

1928

“Para un ciego, de esos ciegos que tienen las orejas y los ojos bien abiertos inútilmente, nada hay para ver en Buenos Aires, pero, en cambio, ¡qué grandes, qué llenas de novedades están las calles de la ciudad para un soñador irónico y un poco despierto! ¡Cuántos dramas escondidos en las siniestras casas de departamentos! ¡Cuántas historias crueles en los semblantes de ciertas mujeres que pasan! ¡Cuánta canallada en otras caras! Porque hay semblantes que son como el mapa del infierno humano. Ojos que parecen pozos. Miradas que hacen pensar en las lluvias de fuego bíblico. Tontos que son un poema de imbecilidad. Granujas que merecerían una estatua por buscavidas. Asaltantes que meditan sus trapacerías detrás del cristal turbio, siempre turbio, de una lechería.

El profeta, ante este espectáculo, se indigna. El sociólogo construye indigestas teorías. El papanatas no ve nada y el vagabundo se regocija. Entendámonos. Se regocija ante la diversidad de tipos humanos. Sobre cada uno se puede construir un mundo. Los que llevan escrito en la frente lo que piensan, como aquellos que son más cerrados que adoquines, muestran su pequeño secreto... el secreto que los mueve a través de la vida como fantoches.

* **José María Vargas Vila** (1860-1933). Escritor colombiano que gozó de gran popularidad en los primeros años del siglo XX. Su estilo profético y sentencioso tuvo gran efectividad. Entre el centenar de títulos, pueden recordarse, *Flor de fango* (1895), *Ante los bárbaros: el yanqui*. *He ahí el enemigo* (1902), *Pretéritas* (1915) y *Salomé* (1920).

* **Albert Londres** (1862-1932). Periodista francés y viajero incansable. Entre sus libros se cuentan *Le Juif errant est arrivé*, *Dante n' avait rien vu* y *Les pêcheurs de perles*.

A veces lo inesperado es un hombre que piensa matarse y que lo más gentilmente posible ofrece su suicidio como un espectáculo admirable y en el cual el precio de la entrada es el terror y el compromiso en la comisaría seccional. Otras veces lo inesperado es una señora dándose de cachetadas con su vecina, mientras un coro de mocosos se prende de las polleras de las furias y el zapatero de la mitad de cuadra asoma la cabeza a la puerta de su covacha para no perder el plato.

Los extraordinarios encuentros de la calle. Las cosas que se ven. Las palabras que se escuchan. Las tragedias que se llegan a conocer. Y de pronto, la calle, la calle lisa y que parecía destinada a ser una arteria de tráfico con veredas para los hombres y calzada para las bestias y los carros, se convierte en un escaparate, mejor dicho, en un escenario grotesco y espantoso donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan su zarabanda infernal.

Porque, en realidad, ¿qué fue Goya, sino un pintor de las calles de España? Goya, como pintor de tres aristócratas zampatortas, no interesa. Pero Goya, como animador de la canalla de Moncloa, de las brujas de Sierra Divieso, de los bigardos monstruosos, es un genio. Y un genio que da miedo. Y todo eso lo vio vagabundeando por las calles”.

Roberto Arlt*. “El placer de vagabundear”, en *El Mundo*, del 20 de septiembre.

1931

“Si nos apartamos de la opinión más o menos interesada o deliberadamente amable del extranjero, si cerramos nuestro espíritu a cualquier insinuación de nuestro muy loable optimismo patriótico, nos veremos forzados a reconocer la verdad dolorosa de esta afirmación: vivimos en la ciudad más fea del mundo.

Por poco que hayamos ejercitado la vista y la inteligencia ante el espectáculo de las grandes capitales, la categoría urbana de Buenos Aires resulta irremediabilmente empequeñecida por la comparación. Acaso el método comparativo no sea el más conveniente para esta suerte de valoraciones; pero, no habrá otro más eficaz y razonable si comparamos a Buenos Aires consigo mismo.

Tal como ocurre en las personas, cada ciudad posee su tipo especial, sus características propias e intransferibles, sus propias posibilidades de perfección que, en cada caso, suponen un proceso de evolución distinto. No es muy difícil comprobar que aún de esas virtudes carece Buenos Aires, pues el carácter de nuestra gran ciudad consiste, precisamente, en su falta de carácter.

Me refiero, claro está, al Buenos Aires de estos días, al Buenos Aires fachendoso y engreído, no al del siglo pasado que aun subsiste en algunos barrios, cada vez menos visible. Es indudable que ha traicionado su destino, no obstante haberle sido éste inconfundiblemente anticipado por el conquistador en el riguroso plano del damero inicial. Y hoy se presenta contradictoria hasta el absurdo la coexistencia de la primaria geometría de sus calles con el enrevesado estilo de sus construcciones, de aquel trazado ingenuo con esta edificación presuntuosa.

Esa desavenencia denuncia en forma categórica la incapacidad de perfección de Buenos Aires: el exceso de vida material no le permite evolucionar en el sentido impuesto por sus fundadores. Y, a menos que se la rehaga, tampoco podrá desarrollarse en el sentido de una gran ciudad moderna, por impedírselo la irremediable característica de su planta urbana.

Hubo, sin embargo, un momento en que Buenos Aires tenía un carácter definido, es decir, una apariencia física perfectamente acordada con su realidad espiritual. Sus características de entonces no eran, como hoy, negativas; correspondían afirmativamente a su destino.

Hasta fines del siglo pasado, la superstición progresista que hoy padece Buenos Aires no había turbado la felicidad de sus calles ni afeado el espíritu de sus habitantes. Era, en todo sentido, lo que hoy sólo podremos asegurar que es si damos crédito a la geografía: una ciudad de América. Una ciudad humilde, sin diagonales, subterráneos ni pretensiones; pero, con la belleza de las cosas que son exactamente lo que parecen. Hospitalaria al visitante y amable a sus porteños, era una cosa

* **Roberto Arlt** (1900-1942). Frustrado inventor y prolífico escritor de distintos géneros literarios. *El juguete rabioso* (1926) y *Los siete locos* (1929) son algunas de sus novelas. Como periodista alcanzó gran popularidad por su serie de *Aguafuertes porteñas*.

real, definida y viviente, motivo de cariños y poesía. El avance inmigratorio no había alterado aun la ordenación jerárquica de su sociedad ni la fisonomía moral de su pueblo.

La arquitectura bonaerense del siglo pasado se ajustaba directamente a las condiciones de la vida familiar, y reproducía en el orden estético la idiosincrasia de sus moradores. Aquella era, todavía, arquitectura de hombres y no de arquitectos; es decir que su estilo provenía del cumplimiento natural de necesidades bien concretas. Como en toda ciudad organizada, había en Buenos Aires un tipo común de habitación cuya frecuencia daba a la ciudad el aspecto unitario de que hoy carece. El buen gusto y la urbanidad presidían las relaciones de una casa con sus vecinas.

A principios del siglo pasado, ese “standard” arquitectónico respondía a las tradiciones de la colonia: muros blancos y lisos, fachadas vivientes merced al juego eficaz de las ventanas, siempre dispuestas con intuitivo acierto y gracia. La distribución interna de la casa, con sus patios sucesivos y sus amplias galerías a la manera pompeyana, obedecía lógicamente a las imposiciones del clima y las costumbres. La disposición mezquina, comercial, de los modernos departamentos no está, sin duda, más próxima a nuestras necesidades que aquella ingenua y primitiva enfilada de grandes piezas.

En la segunda mitad del siglo pasado, el alarife local es sustituido por el práctico italiano, hombre generalmente iletrado y humilde, pero de natural buen gusto, no pervertido aún por las degeneraciones de la moda clasicista. El “standard” colonial es entonces modificado por la aplicación, reducida, de los grandes órdenes clásicos; de donde resulta un nuevo tipo de habitación. Esas casas lucían columnas adosadas, arcos de medio punto, anchas cornisas y, por sobre éstas, la gracia alegre de unas balaustradas hechas de ladrillo y cielo. Mostraban frentes amplios pintados al aceite, y a ellas daba acceso un zaguán adornado con mosaicos de colores sombríos. Verdaderos “living-rooms” durante la época estival, los patios eran espaciosos. El agua fresca del aljibe y la sombra cordial del emparrado resumían la sencilla felicidad de aquella gente.

Aun los mismos edificios públicos respondían al buen sentido popular. Así tenía Buenos Aires una arquitectura propia, determinada por la influencia del gusto italiano sobre el estilo colonial. El todo era armonioso –la metáfora surge fácilmente– como una partitura en la que cada instrumento contribuye al equilibrio del conjunto. Una disciplina colectiva, espontáneamente impuesta por leyes de elemental humanidad, hacía que ningún vecino rico pretendiera exhibir su condición privilegiada con arbitrariedades estilísticas de su propio magín.

Eso es lo que hoy ocurre en Buenos Aires. El rumboso capricho personal del “parvenu” ha extendido a lo largo de nuestras calles las más absurdas variedades de disparate arquitectónico. Para este caos –que no tiene la grandeza ni el interés del neoyorquino– queda una sola posibilidad de orden: un terremoto diligente y circunspecto que pulverice con sumas precauciones la chuchería de los frontispicios. Y aun cuando la intemperie y los aprietos no ahorraran disgustos a la población, sería saludable una fuerte lección de humildad a esta ciudad enferma de amor propio.

A la espera de ese castigo providencial, es conveniente que los arquitectos de Buenos Aires se instruyan con amor en el antiguo arte de construir casas humanas”.

Alberto Prebisch *. “Una ciudad de América”, en revista *Sur* n° 2, del otoño de 1931.

1931

“En el peliagudo achaque de la avalancha inmigratoria, la ciudad se expuso a la contaminación de un espíritu ajeno a su traviesa austeridad. Pasó peligro de quedar sosegada del campo, de formar una corporación sin parentesco con la pampa que la nutría y de quien era símbolo, resumen y pensamiento adicto. La ciudad estuvo en trance de europeizarse. La ciudad no usufructuaba elementos cósmicos para cautivar y asimilar los tropeles inmigratorios. Por grandes y acuitados que sean el cielo y el asiento de una ciudad no pasan de ornatos cuya exhortación es desoída por el ánimo e ineficaz. Los intrusos formaban hordas de la más pésima calaña, de la estofa más vil. Eran refugios de razas que se atropellaban en su codicia sin freno, catervas desbocadas por una ilusión de fortuna, que traían consigo, acrecentados, todos los defectos de su sociedad, y no sus virtudes.

* **Alberto Prebisch** (1899-1970). Arquitecto. Vinculado en su juventud a la revista *Martín Fierro*. Autor del Obelisco y del Gran Rex. Fue profesor y luego decano interventor en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, tras la caída de Perón y fue Intendente de Buenos Aires bajo el gobierno de José M. Guido.

Eran seres mezquinos de miras, atenaceados por una gula insatisfecha. Seres sensuales y procelosos, sin continencia, que gustaban del estrépito, de la música, de la danza, de la jarana. La ciudad percibió los primeros contingentes con una sonrisa chacotona. Festejó sus murgas, sus orfeones. Se mofó amablemente de sus usos, de sus jergas, de su parsimonia económica, de su constancia. Luego, la ciudad acosada por runflas siempre creciente de extranjeros, comenzó a rehuirlos. Intimidada, se retrajo y se abroqueló en los fueros de las familias ya arraigadas. En un momento de confusión, intentó levantar blasones nuevos. Se hizo petulancia de abolengo y de antecesores patricios. Todos los porteños querían descender de San Martín... pero esa táctica era deficiente: el caudal inmigratorio arrollaba todos los diques de contención. Además, se corría el albur de frangir la unidad de la urbe con núcleos extranjeros insolubles; los genoveses en la Boca, los turcos en la calle Reconquista.

Acodillada entre el bienestar de sus habitantes y el mantenimiento de su espíritu, la ciudad sacrificó a sus hombres. Cercenó la tonalidad riente con que siempre disimuló y desahogó su entraña meditativa. Vistió una tristeza hosca y se arropó en un trato áspero, contrario a su tradición hospitalaria. Atrancó sus cancelas y se insumió en sí misma, vedándose todo goce, toda dicha, toda expansión”.

Raúl Scalabrini Ortiz*. *El hombre que está sólo y espera*. Manuel Gleizer Editor, 1931.

1933

“La ciudad en eterna construcción, la futura rival de la del hemisferio Norte, agita nerviosa su mano de gitana, el echarpe de sus riquezas, coloreado con los tonos de las razas que pueblan la tierra.

En cada rostro hay un deseo y en cada pecho una ambición.

Viven sus hombres de hoy, bajo la misma presión angustiada de los que murieron ayer y sus corazones laten con idéntico ritmo. La mayor parte, nacieron en ella, pero sus caras trasuntan la ansiedad del inmigrante, el prurito de lucro que brillaba en la faz de los abuelos años ha, cuando se lanzaron por las calles de Buenos Aires, en miserable caravana de andrajosos, mineros hambrientos de oro y de olvido.

Sociedad cosmopolita en la que unos cuantos dopados por el dinero que acumularon sus mayores en ardua lucha con la miseria, vis a vis con el centavo, y el indio han llegado a formarse un árbol genealógico y establecer una aristocracia... principio de toda aristocracia americana. Aristocracia especial, aristocracia de aluvión, amasada con la turbia levadura de los deshechos de tercera y cuyas raíces tienen por punto de arranque establos y normandos, fogones de Sierra Morena u oscuras “botiglierias sicilianas”.

Urbe que tiene la característica de vivir como las aldeas africanas, al compás del eco de la vieja y corrompida Europa. Imitando malamente sus gestos y aprovechando sus saldos; satélite jupiteriano con pretensiones de astro.

Urbe poblada con los excrementos de la decrepita civilización latina. Urbe que tiene pretensiones de cabeza y que sólo es vagina para los imperialismos extranjeros.

Urbe de desheredados, cubierta por obras falsificadas de estatuas de mal gusto, que muestra impúdica, y adora los becerros de oro de sus héroes impuestos por la necesidad. ¿Cómo considerarnos grandes, cómo no tener historia, cómo hacer plazas para nuestros niños, si no tenemos héroes?

Las plazas sin estatuas de héroes, no tienen personalidad.

Rodarán los años por la empinada pendiente de los siglos, y la expresión de los rostros será siempre la misma, porque el primer engendro, nacido por obra mecánica de la cohabitación, fue hecho con el estómago vacío y el cerebro puesto en las ganancias del mañana.

Urbe que pudo haber sido noble estandarte de la humanidad doliente, redención de la vieja raza y crisol de las aspiraciones, y que malamente desvió el heredero directo del emigrante, que vino en

* **Raúl Scalabrini Ortiz** (1898-1959). Escritor y ensayista. Fue periodista de *La Nación* y de *El Mundo*. *Política británica en el Río de la Plata* (1940) e *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940), son algunos de los títulos que testimonian su pensamiento antiimperialista .

las primeras entregas que el mar nos hizo, en las primeras remesas humanas que a nuestras playas volcaron las olas, que llegó escondido, sin billete, sin equipaje.

Es el mercader que, disfrazado junto al trabajador, entona en las fábricas enseña en las calles, sostiene en las cámaras, su canción de farsante.

Mezcla de profeta y meretriz, con sonoridades de sirena, entona la canción que brinda aventuras y preña esperanzas.

Canción que el dolorido pueblo sigue y seguirá siempre; canción, tras cuyo sonido se lucha por la patria y se venden sus hombres se pactan las guerras y se conceden sus riquezas.

Canción que muestra caminos abiertos imposibles de recorrer, pero que para el pueblo serán siempre caminos abiertos. Montaña dorada en cuyo pináculo se encierra el tesoro, montaña inaccesible, pero montaña de riquezas al fin...

Y así los pueblos sedientos, que buscan y buscarán al "hombre" sobre el desierto miserable de sus vidas, aplacan la sed de justicia en las aguas mentidas de su espejismo.

Así, mantendrá, mientras el pueblo no reaccione, con sus discursos, con sus proyectos, con sus constituciones, en la noria al obrero imprescindible, que produzca el importe del traje que ha de cubrir a sus malas hembras.

Dinero de pueblo, esperanzas de pueblo, sacrificios de pueblo, se verán, mientras él exista, defraudados.

Y aquí, como en todas las ciudades, su figura se proyecta desde el amplio boulevard, hasta el rincón anónimo de una callejuela trunca de un barrio infeliz.

Por él, naciones hermanas gimen bajo el yugo imperialista, vendidas como cansadas prostitutas; por él, nuestro país, al que alguien escondiendo su despecho llamó la "canasta de pan", escucha el grito desgarrador de sus hijos hambrientos, y por él, nuestro país ofrece a los ojos del mundo, el espectáculo triste de nuestro mercado, en el que más fácilmente se coloca esa máquina de placer que a diario nos vuelca el puerto: la trata de blancas.

Esa industria francesa más fructífera que los perfumes y los trapos.

Es el producto que todos los pueblos, que todas las ciudades, que todos los ambientes conocen, y que tiene, como ciertos animales extraños, la rara propiedad de fecundarse a sí mismo.

¡Ah!, el día que el pueblo haga de partera de justicia y que los abra para que así nazca la verdad, entre el ropaje de intereses personales que los cubre.

El día que se arranque la careta al hombre que nació sin esqueleto, porque puede amoldarse a cualquier recipiente y que para llegar a la cúspide de sus ambiciones mercenarias, arrastrándose, perdió las piernas: el doctorado en política".

Barón Biza*. *El derecho de matar*. Edición de autor, 1933.

1935

"Atravesamos diariamente esta ciudad para ir a la fábrica, lejos de nuestro barrio. Los tranvías a esa hora van cargados de obreros. Blusas, alpargatas, gorras, jovencitas con cara de sueño. Muchachos serios. Pocas palabras. Vamos a comenzar otra jornada: repetir mil veces el mismo gesto, el mismo movimiento de las manos, idéntica y agotadora fijeza de los ojos sobre el ir y venir zumbador de las máquinas.

Cuando cruzamos esta ciudad, todos los días, sin poderlo evitar, nuestros ojos observan sus casas enormes, lustrosas y mudas. A esa hora, cuando vamos, están siempre así, hundidas en un obstinado silencio. Sus calles húmedas y casi desiertas. Todo con el espeso sopor de sueño tardío y contenido. Miramos y leemos con dificultad incomprensible letreros que en esta hora matinal tienen un aire de rostros marchitos o ciegos.

Pero de regreso, en la tarde, la fisonomía de esta ciudad ha cambiado. Un fluido vital y nervioso nos sacude y transfigura todo. En el corazón de estas casas inaccesibles se adivina la animación. Atruenan el aire un rumor sostenido y discorde que fluye y refluye como las mareas... En las aceras van y vienen hombres elegantes con caras satisfechas, limpias y seductoras mujeres con caras

* **Raúl Barón Biza** (1899-1964). Polémico escritor. Por el libro citado el Estado lo procesó por pornógrafo. Otros de sus títulos son *Risas, lágrimas y sedas* (1923), *Por qué me hice revolucionario* (1934), *Punto final* (1934) y *Todo estaba sucio* (1963).

sonrientes y andar triunfador. Los incontables letreros ahora brillan con encendidos colores, haciendo alegres guiños: TIENDA, BAR, TEATRO. Alegría de vivir; embriaguez de los sentidos, refulgente océano de luces, de cálidas voces, de inquietante sensualidad. La ciudad de 'ellos', pensamos.

Nosotros volvemos de las fábricas. En nuestras cabezas todavía las máquinas están moliendo su canción de hierro. Una extraña sonoridad nos hiere los nervios cansados, y nos parece que no van a obedecernos cuando tengamos que descender. Luces tempranas y múltiples; rollizos y reposados señores que fuman puros sentados en las aceras ante la mesa de un bar. Oficinas, bancos de puertas cerradas. Cegadores escaparates. Automóviles fantásticos que conducen a lo desconocido a desconocidas criaturas. Sí, la ciudad de 'ellos', pensamos. La ciudad de los negocios; la ciudad de dinero y del poder, la ciudad del placer y del arte; la astuta y burlona ciudad de la ley. Aquí se albergan y gozan los bien alimentados burgueses, los pacíficos hombres de negocios y los poderosos banqueros. Aquí están los generales y los ministros. Aquí están sus deliciosas mujeres. Es la ciudad de los catedráticos y de los escritores, de los policías y de los jueces. Toda la canalla que mantiene y resguarda el 'orden' burgués, toda la canalla que nos explota; todas las canallas para quienes trabajamos. Bancos, Teatros, Bares. Pasamos. Nuestra ciudad está allí donde terminan éstos.

Otra vez nuestras calles de tierra o mal empedradas. La escasa luz. El inquilinato. El barrio de extramuros. Aquí no hay banqueros, ni artistas, ni rollizos señores. Es todo lejano, extraño a la otra ciudad.

Nuestras mujeres no son seductoras ni elegantes. Envejecen pronto. Las marchita la piletta de lavar, el fregado, la máquina de coser. El fogón a menudo sin lumbre, y la pelambre mal cubierta de sus desnutridos hijos, les llena de amargor el alma. De aquí que no conozcan el amable arte de mirar con los ojos sonrientes.

Obreros de toda la vida. Desocupados sin pan. Muchachas fabriqueras. Trabajo, hambre, tristeza. Nuestra ciudad.

De ella, cada mañana se desata la vieja y oscura fuerza que fabrica, que edifica, que impulsa y mantiene activa desde la más pequeña a la más grande obra. Y así, en la ciudad del placer y del poder, los hombres engordan y sus delicadas mujercitas pueden seguir siendo seductoras, y ambos conocer y gozar tranquilamente de todas las artes. Incluso la de algún misterioso vicio. En tanto acá, en nuestra ciudad, podemos continuar esmirriados, rotos y torpes para comprender el arte.

Mas aquí se incuba también una esperanza, se acaricia también un sueño y se agita el corazón. La enorme esperanza de que un día se ha de acabar la amargura de nuestras mujeres, la tristeza de nuestras muchachas y la ofensa a nosotros todos. El rojo sueño que un día nuestra proletaria ciudad de tierra y de lata, ha de conquistar la poderosa ciudad burguesa para hacerla obrera. El común coraje que un día confluirá a ella por todas sus calles para el esperado y final desquite”.

Horacio Badaracco*. “Nada nos iguala, todo nos separa: nuestra ciudad no es la de ellos”, en *Spartacus* n° 4, del 15 de abril.

1935

“Si algo le falta a la ciudad de Buenos Aires, es por cierto una inteligente ‘standarización’. Bendita sea la ‘standarización’, común denominador de un período, que impedirá al nuevo rico sin cultura y al pequeño burgués presuntuoso materializar su cursilería en el “sueño de la casa propia” hecho ladrillo.

Pero yo me pregunto si las hermosas ciudades modernas rodeadas de jardines, que me imagino tan bien y de las cuales tanto me han hablado Le Corbusier y Gropius, podrán existir mientras la sociedad no haya cambiado fundamentalmente. ¿Y cuál será, cuál deberá ser ese cambio?

Me temo que esas ciudades nuevas no se pueden construir sino en una sociedad purificada, bien distinta de la nuestra.

En un artículo publicado en el número 2 de *Sur*, un arquitecto argentino sensible a la belleza y a la fealdad, Alberto Prebisch, decía que no veía otro porvenir para Buenos Aires que un temblor de

* **Horacio Badaracco** (1901-1946). Anarquista. Formó parte del grupo editor del periódico *Bandera Roja*. Fue fundador del grupo *Spartacus*. Viajó, en 1936, a España, en apoyo de los republicanos.

tierra. Pero estamos demasiado lejos de la región andina para poder contar con su violencia. Es lamentable, pero evidente. No podemos aguardar a que la naturaleza venga en nuestra ayuda. ¿Entonces? ¿Serán capaces los hombres de fabricar un temblor de tierra? Es lo que me pregunto diariamente, ciudad mía, a lo largo del trayecto que me lleva hasta tu corazón. Es lo que me pregunto mirando los gomeros de la Recoleta, que son, con algunos otros árboles magníficos diseminados en nuestras plazas, los únicos adornos auténticos que llevas. Me lo pregunto al atravesar, por la mañana y por la noche, tus charcos de fealdad, evitando empantanarme demasiado en ellos, como cuando se atraviesa un camino familiar después de la lluvia. Me lo pregunto al buscar, desde todos los pisos a que me trepo, una vislumbre del Río de la Plata color dulce de leche, al que vuelves tontamente la espalda. Para ese río tan hermoso y tan singular, debieras haberte preocupado de hermosearte singularmente.

Y si no lo has hecho hasta ahora, ciudad mía, comprende mi rencor. Veo tus posibilidades. Líbrate para siempre de la tentación de imitar las viejas y magníficas ciudades de Europa, o parecerás eternamente una grotesca caricatura. Otro destino te aguarda. Las ciudades que hoy son posible construir, bañadas en follaje y en sol, tienen una belleza que les es propia, peculiar, y que no cambio por ninguna otra. Las viejas ciudades son maravillosas de ver, pero inhabitables como museos.

¿Cómo escapa aún a la perspicacia de mis compatriotas –eternos paralizados por la hiperestesia del sentido del ridículo– que es tan grotesco construir hoy, en todas partes del mundo y especialmente en los países nuevos, falsos góticos y falsos Luises como sería grotesco –y peligroso– prepararse para la guerra haciendo provisión de alabardas, partesanas, ballestas, arcabuces y armaduras del siglo XV?”.

Victoria Ocampo*. “Sobre un mal de esta ciudad”, en revista *Sur* n° 14, de noviembre de 1935.

1937

“Tardes, tardes de invierno, tardes de invierno en Buenos Aires; calles frías áridas y solitarias, luces calcinadas del anochecer, barrios del norte desiertos, viejas calles costeras con olor a frituras y ferias y *bric-à-bracs*, ruidos estridentes de timbres llamando a funciones modestas, grandes bocas de tráfico central con las aristas pretenciosas del mármol reciente, plazas de pocos árboles, lejanos parques de mediocre estatuaria, monótonas voces de tantos diarios, calles de amantes ocultos, yertos canteros, lujosos cafés, hoteles y restaurantes, avenidas confusamente pobladas. ¡Ah, ciudad, ciudad, enorme ciudad opulenta, ciudad sin belleza, páramo, valle de piedra gris: tus tres millones de almas padecen tantas hambres profundas! En tu corazón éramos como una doliente sangre, nosotros, los que teníamos menos de veinte años y un fervor desatado de ánimo y mente; los que sufríamos al ver holladas las causas justas, las causas por las cuales “se debe” combatir, las causas en que el objeto tiene una infatigable belleza inespacial, como el vuelo que presienten en torno de sus cabezas los delirantes; inexpertos, irritados, vindicativos, vagabundos, discutidores, lectores devorantes, orgullosamente celosos, ariscos, hirsutos, que después de enarbolar todo el día la soberbia de nuestros proyectos y opiniones mostrando a quien quisiera mirarlo nuestro desprecio por el sueño y la comida, íbamos a pagar pasada la medianoche esa mentira cándida, hurgando en las despensas familiares tras un resto de pollo frío y a dormirnos sin odio con sólo poner la cabeza exhausta sobre la almohada. De día éramos como fiscales desempeñando un arbitrario ministerio”.

Eduardo Mallea*. *Historia de una pasión argentina*. Editorial Sur, 1937.

1945

* **Victoria Ocampo** (1890-1979). Ensayista y editora. Fundó la revista *Sur*, en 1931, punto de encuentro durante cuarenta años de personalidades de las letras nacionales y extranjeras. Entre sus libros se cuentan *De Francesca a Beatrice* (1924), *Domingos en Hyde Park* (1936) y *338.171. T. E.* (1942).

* **Eduardo Mallea** (1903-1982). Escritor. Fue, durante muchos años, director del suplemento cultural de *La Nación*. Entre sus escritos se destacan *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926), *La bahía del silencio* (1940) y *Todo verdor perecerá* (1945).

“Los porteños apenas conocen su ciudad; la inmensa mayoría de ellos sabe un poco de su barrio y del centro y recorre en apresurado viaje el tramo que une ambas zonas.

El habitante de la ciudad viaja por ella, pero no la pasea; el placer del descubrimiento de rincones agradables, de perspectivas no previstas o de sitios pintorescos le es totalmente ajeno, las grandes y pequeñas bellezas de la ciudad permanecen solas y olvidadas como si tuviesen una existencia involuntaria y ajena a la presencia del hombre.

El porteño no está totalmente en la ciudad, porque no habiendo evadido ella misma a la naturaleza de una manera suficientemente protectora, la influencia telúrica se hace sentir de un modo primario a despecho de que la ciudad sea muy ciudad. Los españoles fundadores debieron sentir la necesidad de refugio e iniciaron un sistema de recovas y soportales contra las lluvias inopinadas y los soles enérgicos; de ello queda el recuerdo en el costado de la Plaza de Mayo que da a Victoria y en Leandro Alem y el Paseo de Julio; pero luego la ciudad se lanzó a la pampa sin melindres, apurada por avanzar y sin un acendrado concepto de su condición ciudadana se dejó primar por la llanura. Todavía soporta bruscas inundaciones, sufre sol implacable, y la calefacción, que en las ciudades asentadas es comodidad automática e inalienable, es entre nosotros tema polémico y disfrute aleatorio. A pesar de asfaltos, de cañerías, de calderas, la influencia natural está presente en Buenos Aires muy de primera mano, y el porteño que la sufre, sufre con ella la inmediata presencia telúrica de la que la ciudad no lo acoraza todavía de una manera categórica.

El turista que dispone de un mes para visitar Buenos Aires, conoce inevitablemente lo mismo: la calle Florida, el hipódromo, la avenida Costanera, la Boca, muy de pasada, la avenida Alvear, un par de cines monstruosos, de un mal gusto de nuevo rico norteamericano, y los apéndices de la ciudad: el Tigre, Luján y San Isidro. Se lleva, naturalmente, una visión completamente falsa de la ciudad; y afirma, con la autoridad del que ha estado, inexactitudes enormes con respecto a nuestra vida.

Casi ningún porteño es capaz de ser un buen cicerone de su propia ciudad; no la ama hasta el extremo de poseerla, está orgulloso de ella como los hijos del escritor famoso que se vanaglorian del padre pero que no leen jamás sus obras. Por lo demás, ningún argentino piensa ni vive en hechos sino en teorías y en ensueños. Los gobiernos especialmente”.

Florencio Escardó*. *Geografía de Buenos Aires*. Editorial Losada, 1945.

1949

“Mayo 3. Humedad en Buenos Aires. Los olores de la ciudad crecen en forma asombrosa, y tropieza uno con ellos como si fueran animales. Se extiende la niebla, las imágenes se confunden, y la vista, el sentido de la inteligencia, se ve neutralizada. Los sonidos también se transfiguran; la bocina de cualquier auto nos suena como el toque de carga que arranca del más desprevenido de los sueños. En resumen, la humedad hace crecer el mundo, lo material, hasta convertirlo en un poder demoníaco. Los habitantes participan de las transformaciones. El cuerpo duele: en esos días sabe uno más que nunca que *tiene* cuerpo, un cuerpo es como un lastre. Los porteños hablan mucho de la humedad, hablan de ella como de un Ahriman casero al que se le puede achacar la responsabilidad de casi todos los males. Hablan de ella como de un principio metafísico de uso cotidiano. Y tienen razón. La humedad hace que esta ciudad, que en general parece tan europea, recobre el aire primario que caracteriza a lo americano. La humedad hace que Buenos Aires sea o parezca lo que es”.

Héctor A. Murena*. *Los penúltimos días*, sección de la revista *Sur* n° 176, de junio de 1949.

* **Florencio Escardó** (1904-1992). Innovador, médico, pediatra, y escritor. Fue decano de la Facultad de Medicina. Fue autor de *Eduardo Wilde* (1943), *El alma del médico* (1954) y *Anatomía de la familia* (1957), entre sus muchos libros.

* **Héctor Álvarez Murena** (1923-1975). Poeta, novelista y ensayista. Participante de la revista *Sur* y fundador de *Las Ciento y Una*. Entre otros títulos es autor de *El pecado original de América* (1954), *El nombre secreto* (1959) y *Ensayos sobre subversión* (1962).

1955

“El mayor bien que puede hacerse a Buenos Aires y no sólo a la República, es dismantelarla. Quedaría entonces con sus recursos naturales y se reduciría en tamaño y fuerza a lo que valiere de verdad. No dudo de que en tal trance la Atenas del Plata sentiría vergüenza ante sus hermanas menores y más pobres. Todo lo que perdiera sería exactamente aquello que haya arrebatado a la prosperidad de otras ciudades. Trasladar al interior del país la sede federal y su séquito no significa ni mucho menos, crear allende un nuevo pólipo urbano; peligro muy remoto si se trata de una zona de vida autónoma y aislada del influjo de atracción que todo metrópoli ejerce sobre la campaña. Tampoco significa que Buenos Aires pasará a ser en plazo más o menos breve lo que Pompeya y Herculano son. Las ciudades pagan sus pecados como las personas. Este proyecto tiende, en consecuencia, a salvar a Buenos Aires de su propia ruina, la cual es inminente y, por añadidura, prevista por nuestros profetas desde hace un siglo Inminente e irremisible, porque según observación exactísima de un especialista en cultura de las ciudades, después de la etapa en que la metrópoli se convierte en Tiranópolis conviértese en Necrópolis. Hace apenas tres meses finalizó la etapa Buenos Aires-Tiranópolis. ¡Salvémosla de sí misma! (...) El tajo brutal de 1880 no sólo ha demorado el crecimiento de la población y de la riqueza nacionales, sino la consolidación de una cultura que nos pertenezca por entero. Y más que nada, su desarrollo armónico, pues quedamos con la cabeza macrocefálica y las piernas raquílicas. ¿Podemos tolerar más tiempo que tal sea el destino de un cuerpo creado por Dios para la fuerza y la belleza? (...) Contemple Vuestra Excelencia otra vez el mapa de la República: más de la mitad del territorio figura como Tierra Vacía, Tierra de Nadie, tierra que terminaba al sur con un presidio. ¿Y ha de sorprenderse que Orllie Antoine I intentará fundar allí el imperio de Patagonia y Araucanía? ¿Y que la California Argentina proyectara habilitar una factoría? ¿Qué es, pues, lo que Buenos Aires ha hecho del país? ¿No tenemos derecho a preguntarle con palabras bíblicas: ‘Caín, Caín, que has hecho de tu hermano’? La situación debe observarse imparcialmente y hasta donde sea posible desde puntos de vista esencialmente utilitarios. ‘Si tu ojo es causa de pecado arráncatelo’, dijo Jesús. Cuando una ciudad se convierte en boca que succiona la sangre de toda la nación, no sólo hay que pensar en dismantelarla sino en hacerla volar con dinamita. Tenemos por las razones expuestas que dismantelar a Buenos Aires, y otro día le diré a Vuestra Excelencia cómo, si me lo permite. Dismantelar quiere significar asimismo que hay que recomponer al gigante decapitado, poniéndole la cabeza en su sitio, para que girándola abarque todo el horizonte, el pasado y el futuro, el norte y el sur. El fiel de esa balanza que restablecerá el equilibrio de los planisferios terrestre e histórico, es Bahía Blanca. (...) Si no es posible que Vuestra Excelencia dé un paso tan decisivo como lo propongo, véngase a vivir con nosotros y abandone ese Paraíso artificial, esa Babilonia donde todo es ilusión”.

Ezequiel Martínez Estrada*, fragmentos de la *Carta Abierta al Presidente de la Nación*, del 15 de diciembre de 1955.

1976

“Mientras trabajábamos en el sueño futuro, el viejo basural parecía un hormiguero en plena ebullición, centenares de camiones que accedían con sus cargas y se internaban cada vez con mayor facilidad, en senderos mejor delimitados por el paso de las topadoras. Debíamos vencer al monstruo, nos repetíamos una y otra vez, mientras a los inconvenientes físicos de los montones de basura y las depresiones del piso, se agregaba la presencia de los ‘cirujas’ que saltaban esquivando las máquinas, para poder continuar con su trabajo de selección de cosas. Durante años habían sido dueños indiscutidos del basural y no admitían la posibilidad de que fueran desplazados por ningún motivo. Algunos de ellos deberían ser herederos de anteriores ‘buscadores’ y se aferraban a esa tierra con todo lo que ella significaba para su vida. Ese era su

* **Ezequiel Martínez Estrada** (1895-1964). Escritor. La vasta obra ensayística dejó atrás sus méritos como poeta y cuentista. Entre sus medulosos trabajos se cuentan *Radiografía de la pampa* (1933), *La cabeza de Goliat* (1940), *Muerte y transfiguración del Martín Fierro* (1948) y *Martí revolucionario* (1967).

ambiente, su lugar de trabajo y para muchos su vivienda, armada precariamente en cuevas excavadas entre la misma basura y donde se reparaban de las lluvias y el frío.

La promiscuidad era total, ni edades ni sexo, parecía un reducto selvático emplazado en la ciudad Capital, donde no había más limitaciones que el instinto y la fuerza.

Se obtuvo la colaboración de la Policía Montada, para ahuyentar a los más osados que procuraban impedir el avance de la tarea y permanecían alrededor de las máquinas amenazando a los conductores para que abandonaran su trabajo”.

Oswaldo Andrés Cacciatore* . *Sólo los hechos*. Metáfora Editorial, 1993.

1988

“Cuando mueren las leyendas, nacen los mitos como un rumor que atraviesa la historia y va contando las anécdotas de un episodio sin testigos: ¿se acuerdan cuando Buenos Aires era divertido? o mejor: cuando vivir era bastante interesante más allá del punto geográfico en que uno apoyara la bravata. Pero, parte por lo que me contó mi padre y parte por lo que yo mismo me debo estar contando de otro tiempo, éste es un tiempo de nieve. El hombre congelado que visualiza Bukowski hoy se pasea por Buenos Aires con un cierto gesto meticuloso, esa expresión que no se sabe si intenta simular su intensa desgracia o afirmar que está de acuerdo, que ésa es la vida que el cretino siempre quiso tener. Está esa parte del hombre (leído en algún diccionario) que baila y retoza, que ríe y se zambulle. Esa parte siempre está en la calle, preponderantemente de noche y con preferencia entre jóvenes. Si bien la noche está donde haya una fogata y unos cuantos peregrinos calentándose el alma congelada, cuando paseo por las pizzerías de la calle Corrientes, los cines de Lavalle o cuando veo a la gente saliendo de la cancha de Huracán, no me dan ganas de montar ninguna expedición. En esos valles humanos no hay nadie salvo sombras plastificadas, como carnets, alguien que sabe que es alguien porque en la cédula de identidad hay una foto y un número. La noche, es por descarte, de los que van quedando”.

Enrique Symms* . “Buenos Aires me aburre”, en *Fin de siglo* n° 7, de enero de 1988.

1994

“De la profundidad –profundidad espacial, cultural, epistemológica y política– de los escenarios a la superficialidad y carencias de relieves de las imágenes televisivas, de las pantallas-gigantes o de las *video-walls* que se multiplican hoy por todo Buenos Aires. Movimiento –qué duda– de unidimensionalización de la vida urbana, pero, sobre todo, movimiento hegemónico de las escenografías y de las imágenes de la ciudad, todas las cuales parecen correr camino a igualarse y volverse –como los bares– intercambiables, idénticas e idénticamente funcionales, a imagen y semejanza de esos mini-super-mercados tan típicamente norteamericanos, tan asépticos y pulcrísimos y blancos con detalles de algún color muy vivo (como el verde de *Telefónica* o el azul de *Telecom*) y llenos de luces y de carteles (de carteles luminosos, como esos otros, enormes, que han instalado por todas partes –decíamos: el marketing invadiendo y colonizando la ciudad– y donde hacen su publicidad *Gente* y *Caras* y las otras y desde donde nos miran semana a semana – como Sarmiento a Borges desde su sabiduría inmortal, como el busto de Moreno al bueno de Martínez Estrada desde la baranda del primer piso de la Biblioteca Nacional– Andrea o Mirtha que está espléndida o preocupada o dolorida, o Xuxa que está tristísima o Susana que parece que le era infiel a Huber y nosotros sin saberlo), a imagen –digo– de esos mercados, mini-mercados, supermercados, maxi-kiosco tan brillantes y tan llenos de luces dicróicas y de *Coca-Cola* y abiertos

* **Oswaldo Cacciatore** (1924). Brigadier. Fue intendente de la ciudad de Buenos Aires durante la última dictadura militar, desde 1976 a 1982. Prometió la construcción de ocho autopistas en su gestión, de las que se hicieron dos. Fue candidato a intendente en 1993, por la UCEDE, obteniendo un 4 % de votos.

* **Enrique Symms** (1946). Periodista. Trabajó como redactor en distintos diarios y revistas entre los años ‘80 y los ‘90. Editor y fundador de la revista *Cerdos & Peces*, editor también de una de las épocas de *El Porteño*. Publicó *La banda de los chacales* (1987), *Páez* (1995), *Invitación al abismo* (1995) y *La vida es un bar* (2000).

las 24 horas, en los que el movimiento de shoppinización de la ciudad alcanza su punto culminante y que se han ido instalando de a poquito en las estaciones de servicio de Buenos Aires y ya invaden toda la ciudad”.

Eduardo Rinesi*. *Buenos Aires salvaje*. Ediciones América Libre, 1994.

1995

“Me matan unos carteles de metal pintado, artesanales, que aparecen en algunas esquinas de Buenos Aires. Son originales: los paga Manliba y dicen: ‘Así debe estar. De usted depende’. La orden se refiere a la apariencia de la esquina: en cada cartel hay una ilustración que representa esa misma esquina, con todos sus detalles, limpia y cuidada. En esas ilustraciones las esquinas se ven resplandecientes: sobre todo porque no las afea ningún cartel. Quiero decir: las ilustraciones de los carteles muestran las esquinas como ‘debe ser’ y la mayor diferencia entre ese deber ser y la realidad de la esquina es precisamente el cartel: en las ilustraciones no está el cartel que sí está en la esquina. Los miro y me río, al principio, cada vez que paso. Después, cada vez, me parece que así funciona el poder, como un cartel de esquina que nos engaña mostrándonos lo que debería ser sin decir nunca que el gran obstáculo para que eso sea así es él mismo. Y diciéndonos, encima: ‘De usted depende’”.

Martín Caparrós*. *La patria capicúa*. Editorial Altamira, 1995.

1999

“La Casa Rosada ha resuelto hacerse un *lifting*. Y quedo perplejo, por lo menos, al contemplarla desde la estatua de Belgrano: son, ahora, dos las ‘Casas’: la tradicional, enmascarada y, por delante, una gigantesca escenografía pintada, que la reduplica. Inquieto, retrocedo, porque veo doble. Al pie de las letras. Y me voy maliciando que los actuales moradores –en despedida– intentan mediante el calco del frente de ese *Templo de Poder* rejuvenecer con urgencia un deterioro inocultable ya de zócalos, balaustradas, balcones mitológicos, mansardas y cariátides abrumadas.

Apelo a Belgrano, ecuestre, entre alucinado y pidiéndole ayuda. Una voz, quizá, me sugiere plácidamente iluminada pero insinuando un mediotono jacobino y fatigado que el *doblaje* arquitectónico de la Casa Rosada es la metáfora mayor de los diez años de menemato: una cultura de fachada, efímera, dibujada, que alardea triunfalista y, a la vez, escamotea miserias y vacuidades. –*Ay patria mía*.

Debe ser una queja final de ese bronce derrotado por guaraníes, por las polvorientas cabalgatas más allá de Humahuaca o por los años montados, inmóviles, contemplando ahí nomás tantos Uriburús, Galtieris y otras arengas marciales.

Reculo hasta la Pirámide. No sé muy bien si como aturdido por el *alias* escenográfico de la Casa Rosada o para tomar más perspectiva. Las ofertas de Berutti se me entremezclan con los estertores de los Reynafé y tres palomas que me sobrevuelan. Me alarmo: no se trata de ‘las patas en la fuente’ sino de piernas macabras que siguen balanceándose.

¿Rejuvenecer ese edificio *emblemático*?, como se insiste en la academia hasta incurrir, con desgarró, en las batucadas. ¿O la sistematización de lo disimulado? Otra voz se me insinúa entre unos matorrales: es la de un mazorquero barrial que portó un apelativo que sonaba a otomano: ‘–El discurso del menemato –murmura anacrónico–, se ha coagulado, por fin, en una suerte de trágica bambalina’.

* **Eduardo Rinesi** (1964). Licenciado en Ciencias Políticas, traductor y ensayista. Es profesor en diversas universidades. Ha publicado varios libros, *Ciudades, teatros y balcones* (1994) y *Política y tragedia* (2003), entre otros.

* **Martín Caparrós** (1957). Escritor. Ha hecho periodismo en distintos medios gráficos, radiales y televisivos. Dirigió varias revistas: *El Porteño*, *Babel*, *Página 30*. Es autor de *No velas a tus muertos* (1986), *Larga distancia* (1992), *La historia* (1999), entre otros libros, además de ser co-autor (con Eduardo Anguita) de los tres tomos de *La voluntad* (1997-1998).

Me descubro tironeado. Un par de trapevistas que reparten volantes del circo *Sarrasani* sostienen, con pruebas, que la duplicación de la Casa Rosada es un velo hipócrita. ‘Hipócrita’, insisten. Un albañil de overol atigrado me acerca mucho su cara: –‘Una mascarilla fúnebre –señala–, eso es lo que le han puesto a la Casa Rosada’.

–*Enorme antifaz carnavalesco*– me sugiere, sin esperar su turno, cierto coro desde abajo de unas palmeras.

‘Metropolitano’. Por ahí proviene de la Catedral esa propuesta meliflua entre un par de *Tedeums laudamus*, inciensos, salterios y monaguillos vestidos con roquetes apelmusados.

–*Este telón oficial prolonga a Puerto Madero*– gangosea el coreuta.

–‘No, no –se enardece un erudito jubilado–; es el final de la secuencia modernizadora de Buenos Aires que si se abrió con el palacio de Obras Sanitarias en 1887, se prolongó con el Kavannagh hacia 1935, hasta acumularse, el año pasado, con Soros y el coruscante Hogar Obrero’.

Un urbanista recién llegado de Lomas de Zamora a Plaza de Mayo discrepa, mucho más moderado:

–*La Casa Rosada –cuchichea– con semejante maquillaje se inscribe en la franja VIP de la ciudad porteña.*

¿Y el resto? –lo encaran desde el lado sureño que tiene recova.

–¡*Que se lo coman los piojos!*”.

David Viñas*. “Menemato y fachada”, en *Página/12*, del 23 de abril de 1999.

2000

“Por eso no podemos querer a la ciudad si el pasado vuelve día a día como una amenaza renovada. La ciudad que perdona es la que ellos quieren. La ciudad que no perdona es la nuestra, pero es más cara. La ciudad del odio y del terror no puede ser querida ni cuidada, salvo por las empresas privadas que limpian sus plazas y nos las conceden como una gracia gratuita: como si el uso nos las regalaran ellas. Como nuestros caminos que fueron expropiados y por los que ahora pagamos peaje. Necesitan que la ciudad se renueve, se metamorfosee, cambie de rostro: borre las marcas. La noche de Corrientes pasó a la Avenida Santa Fe. La ciudad atrofia sus lugares marcados. La ciudad vencida, la ciudad vendida: el botín de guerra que los derrotados pagan: le enajenaron su alma y la entregaron por miedo o por desprecio. ¿Cómo querer una ciudad tan asesina y tan asesinada?

Faltaría hablar de la ciudad y las horas: la madrugada, la mañana, la tarde, la noche. Lugar tenebroso, lugar del miedo o de la confianza: la ciudad acecha en sus calles. La ciudad en la que duermen envueltos en papeles los pobres sin casa en los recovecos del bello edificio de la Academia de Medicina, y que para que no se repita le pusieron hierros y pinches. La ciudad de los indiferentes: la ciudad inhumana. La ciudad insensible de los sensibles que quieren llegar rápido a casa y ponerse la Tele para emocionarse con los culebrones.

Y por último, la ciudad del entierro, la definitiva: el cementerio donde iremos a parar por último. El cementerio forma parte del horizonte de la ciudad futura. Los que pueden entonces se compran allí la ‘última morada’. Para este último acto también el arquitecto es quien tiene los planos.

¡Qué lucha, señor, la vida ciudadana!”.

León Rozitchner*. “Mi Buenos Aires querida”, en *El Ojo Mocho* n° 16, de la primavera del 2000.

2001

* **David Viñas** (1927). Novelista, ensayista y profesor de literatura. Fundador de la revista *Contorno* en los años ‘50 y de un modo particular de leer la literatura argentina. Algunos de sus libros son *Cuerpo a cuerpo* (1979), *Prontuario* (1993), *Literatura argentina y política* (1995-1996) y *De Sarmiento a Dios* (1998). Dirige la revista *El Matadero* y el Instituto de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires.

* **León Rozitchner** (1924). Filósofo y docente. Pensador de temas tales como las cuestiones de la subjetividad, el poder y los efectos del terror. Algunas de sus obras son *Moral burguesa y revolución* (1969), *Freud y el problema del poder* (1982) y *La cosa y la cruz* (1997).

“Un mapa lúbrico de Buenos Aires es menos interesante si se *heterosexualiza* en una historia del levante o de la tranza comercial de las zonas ordenadas a contrapelo del hogar familiar como los departamentos privados de Recoleta o las fiestas que entronizan samanthas farjat en la esfera política. Los infractores son mejores topógrafos y su habilidad tiene mucho de erotismo en su movimiento mismo de recorrido inestable donde, sin embargo, como si se tratara de las bellas ruinas de Pompeya, algo se conserva y emerge del pasado placer. En los puntos que censores y resistentes han ido desplazando en su combate espacial, como "*idea de ruptura de territorios vírgenes más que en la construcción de una fortaleza*", prostitutas, gays y otros excluidos han convivido generando una cultura de cruces donde las diversas mascaradas conservan su estilo”.

María Moreno *. “Resistir en el baño”, prólogo a *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, de Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli. Editorial Sudamericana, 2001.

* **María Moreno.** Narradora y crítica cultural. Fundó la revista *Alfonsina*. Trabajó en los diarios *Tiempo Argentino*, *Sur* y actualmente escribe en *Página/12*. Ha publicado *El Affaire Skeffington* (1992), *El petiso orejudo* (1994), *Atontas y a locas* (2001) y *El fin del sexo y otras mentiras* (2002).